

tain, quien, en su *Biblioteca*, cita á cada paso obras que quedaban manuscritas y se perdían por no haber sido posible imprimirlas. Verdad es que no faltaban del todo las imprentas, pero la carestía de la mano de obra y la escasez y elevado precio del papel, no consentían dar á la prensa sino trabajos costeados por personas ricas. Solían enviarse á España los manuscritos en busca de impresión más barata; pero muchas veces los autores perdían esos manuscritos, y además el dinero destinado al gasto de la impresión. Fr. Martín Castillo, en el prólogo á una de sus obras, dice: «que las mandaba imprimir á León ó Amberes, porque *non facile nec absque magnis sumptibus sudant in America Typographice.*» Y allí mismo manifiesta las dificultades, la tardanza y el peligro de perderse los originales si se enviaban á Europa.

En la *Biblioteca* de Beristain, consúltense especialmente los artículos relativos al citado Fr. Martín Castillo, Manuel Calderón de la Barca, Fr. Alonso Franco y Ortega, Manuel Gómez Marín, Ilmo. Bartolomé Ledesma, Atanasio Rea-tón, Diego Rodríguez 29, Bernardino Sahagún y José Sica-rdo. De Fr. Martín Castillo dice Beristain: «Que las dificultades, riesgos, gastos y trabajos que sufrió para dar á la prensa sus libros, justificarán á los ingenios americanos de no haber hecho sudar más los moldes.» De Calderón de la Barca: «Este ingenio será un ejemplo de la desgracia de la literatura americana por la escasez de imprentas y suma carestía de papel y costos.» Calderón de la Barca mandó á España, para que se imprimiera, un *Diccionario de la Fábulas*, y el resultado fué perder el libro y ciento cincuenta pesos remitidos para la impresión. Franco y Ortega escribió una obra histórica que se quedó manuscrita «por los sumos gastos y dificultades en la imprenta.» El Ilmo. Ledesma compuso varias obras «que llevándose á España para su impresión, perecieron en el mar.» Y por el estilo pasó á los demás autores citados, y á otros que no citamos, de los mencionados en la referida *Biblioteca* de Beristain.

Relativamente al rigor de la censura civil y de la Eclesiástica, en Nueva España, comenzaremos por observar que Menéndez Pelayo, en la obra intitulada *Ciencia Española*, niega que la censura de su país impidiese allí el progreso de las ciencias y de las letras. A Menéndez Pelayo pudiéramos oponer varios historiadores acreditados de la literatura es-

pañola; pero para no divagarnos en asunto que no nos toca directamente, sólo citaremos la Historia de la literatura española más moderna que conocemos, la del profesor Alcántara, página 283 (Madrid, 1884), donde consta el pernicioso influjo de la Inquisición en el adelantamiento de las ciencias españolas, *al menos en parte*. Apuntaremos también aquí los nombres de algunas de las obras literarias que se prohibieron en España: parte de los clásicos antiguos; varias poesías de Castillejo; las comedias de Torres Navarro; algunas de Gil Vicente; dos de Huete; el *Lazarillo*, famosa novela por Hurtado de Mendoza; el *Fr. Gerundio* del P. Isla, la mejor novela de su tiempo; el *Si de las niñas*, por Moratín, comedia de notoria moralidad; el *D. Rodrigo*, drama por Gil y Zárate. Es sabida la razón por que esta última pieza fué prohibida: según el censor, «no convenía sacar á las tablas reyes tan aficionados á las muchachas.» No es de olvidarse la real cédula de 1553, prohibiendo en Madrid la representación de comedias profanas, lo cual dió motivo á que los teatros estuviesen cerrados algún tiempo.

Respecto á lo que pasó en Nueva España, en el punto que nos ocupa, ocurre desde luego observar que para imprimir un libro se necesitaban, á veces, muchas licencias. Por ejemplo: las *Advertencias para confesores de los naturales*, de que habla García Icazbalceta en su *Bibliografía del siglo XVI* (página 253), van precedidas de diez licencias, una del Virrey, otra del Gobernador de la Mitra, otra del Vicario general sedevacante, otra del Comisario, otra del Catedrático de prima, otra del Guardián de San Francisco, otra del franciscano Durán, otra del Comisario de la Santa Cruzada, otras dos también por lo tocante á la Santa Cruzada. Las poesías de González Eslava, edición de 1610, necesitaron cinco licencias para publicarse. No obstante las licencias, los libros solían prohibirse, como sucedió con un *Diálogo en lengua tarasca*, de que habla García Icazbalceta en su obra citada, quien á la página 92 dice: «A pesar de las muchas aprobaciones que la obra lleva al frente, el Consejo de Indias mandó recogerla.»

Por lo demás llamaremos en nuestro auxilio á dos autores nada sospechosos, Beristain y Zorrilla: el primero en su referida *Biblioteca*, y el segundo en la *Flor de los recueros* (México, 1855). Beristain era mexicano, pero escribió

con el principal objeto de defender al gobierno colonial; Zorrilla es ciudadano español y estuvo mucho tiempo en México donde estudió todo lo relativo al país. Ahora bien, en la *Biblioteca* de Beristáin se da noticia de varias obras científicas y literarias prohibidas por las autoridades civil y eclesiástica de Nueva España. Zorrilla, á la pág. 414 del libro citado, habla de «las trabas que en Nueva España ponían al comercio de libros la Inquisición, la censura clerical y el gobierno iliterato de Fernando VII.» Hé aquí algunos ejemplos de las obras literarias á que nos referimos, sin mencionar científicas ni religiosas, los cuales ejemplos están tomados, en su mayor parte, de la citada *Biblioteca* de Beristáin, quien, debe advertirse, fué presidente de la Junta de censura de libros.

El P. Lucas Anaya no se atrevió á publicar, con su nombre, el poema que escribió relativo á Jesucristo, de que hemos hablado en el capítulo X. La importantísima *Historia de Nueva España*, por el P. Sahagún, no pudo imprimirse en virtud de haber sido prohibida según Real cédula publicada por García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la Historia de México*, t. 2º, pág. 267. En esa cédula se ordenó «que de la obra de Sahagún no quedase original ni traslado alguno.» La *Historia de México* intitulada *Monarquía Indiana*, del P. Torquemada, fué mutilada por la Inquisición, quitándole varios capítulos. El milanés Boturini vino á México, con licencia del gobierno español, para estudiar la historia antigua del país, acerca de la cual reunió muchos documentos interesantes: de ellos fué despojado por orden de la Corte, y enviada su persona á Europa, como sospechosa, bajo partida de registro. En Madrid logró Boturini se le dejase en libertad; pero nunca pudo lograr se le devolviese su preciosa colección de documentos. Clavijero encontró en España tales dificultades para publicar allí su excelente *Historia Antigua de México*, que se vió obligado á publicarla en Italia poniéndola en italiano. Las *Constituciones Diocesanas*, que tienen noticias históricas, obra escrita por el Obispo Núñez de la Vega, fueron prohibidas según cédula (Octubre 6 de 1614), entre otras razones, por haberse impreso en Roma, ésto es, fuera de los dominios españoles. Al *Elogio de la Virgen de Guadalupe*, en tercetos, por D. Ignacio Vargas, con notas aclaratorias (México, 1794),

no se le dió pase sin omitir las notas. La *Historia de la conversión y conquista de los indios* por D. Bartolomé Frías Albornoz, que llegó á imprimirse en México, fué prohibida por la Inquisición. La *Psalmodia Cristiana* en lengua mexicana, compuesta por el P. Sahagún, «ordenada en cantares para que canten los indios en la iglesia,» fué destruída por el P. Figueroa, Revisor de Libros del Santo Oficio, acerca de lo cual García Icazbalceta (op. cit.) dice: «Si el P. Figueroa destruyó la *Psalmodia* por estar prohibidas las traducciones de la Sagrada Escritura en lengua vulgar, dió triste muestra de su criterio, porque la *Psalmodia* no es nada de eso. Tal vez la palabra *Psalmo*, que se ve al frente de cada uno de los cantares y que sólo tiene allí su significación genérica de *canto ó cántico*, le hizo creer que se trataba de versiones del Salterio; pero aun sin saber nada de la lengua mexicana, se echa de ver que en los tales *Psalmos* hay muchos nombres de santos y otras palabras castellanas que no podrían hallarse en una traducción de la Escritura. Por otra parte, en el prólogo castellano está bien claramente explicado el asunto del libro.» Sor Juana Inés de la Cruz, quien se abstenía de polémicas teológicas por temor á la Inquisición, dejó de hacer *versos* y abandonó el estudio, deshaciéndose de su biblioteca, por sugerencias del Arzobispo de México, según dijimos en el capítulo V de la presente obra. La última parte de la popular novela *El Periquillo*, por Fernández de Lizardi, fué prohibida á principios de este siglo, según explicaremos al tratar de los novelistas. En México hubo, durante la dominación española, censores especiales de comedias, quienes prohibían las que les parecía conveniente, comedias que se han perdido á causa de la prohibición, lo mismo que otras obras de diversos géneros, por igual motivo. D. Fernando Ramírez, en la *Advertencia* que escribió para la *Psalmodia* del P. Sahagún, de que antes hablamos, se queja de las obras destruídas por el P. Figueroa, ya citado, de quien dice: «El P. Figueroa, bibliotecario de su convento, era también, por desgracia de nuestros bibliófilos, Notario y Revisor de libros por el Santo Oficio, encargo que desempeñó con un celo verdaderamente *abrasador*. . . . Las tareas literarias, infinitamente penosas, que los primeros misioneros acometieron para propagar la civilización cristiana, sus sucesores en la propia empresa, sus hermanos mismos las condenaban al fuego.»

Después de la independencia, lo que ha impedido el perfeccionamiento de nuestra literatura son los motivos siguientes. Falta de tranquilidad en los ánimos; falta de protección á las bellas letras por parte del gobierno, de las personas ricas y del público en general; falta de crítica imparcial é ilustrada.

Del silencio sepulcral de la época del gobierno español pasamos á otro extremo, acaso más perjudicial á las letras, la falta de tranquilidad, á causa de nuestras continuas guerras civiles.

Es digno de observarse que no son las guerras con el extranjero las que deprimen los ánimos, sino las luchas intestinas: aquéllas tienen un fondo de generosidad y de patriotismo que dan vida al genio, estímulo al talento, y así se explica cómo los reinados de los monarcas guerreros han sido frecuentemente fecundos en obras de primer orden. No sucede igual cosa con las guerras civiles: nada tiene de inspirador la destrucción de nuestros propios hermanos, ni el mezquino apetito de conseguir puestos públicos. Estudiando la historia del pueblo romano, podremos notar que sus revoluciones no le permitieron producir obras literarias de mérito, sino hasta muy tarde. Nótese que la edad de oro de la literatura latina fué en el reinado de Augusto, quien dió la paz al mundo. Bajo el gobierno de los Reyes católicos, que pacificaron á España, comenzó á dar sus más preciosos frutos la literatura de aquella nación. Lo mismo relativamente se observa en otros países. Contra la regla general, nada valen algunos casos aislados que pudieran presentarse. Hace siglos que Ovidio hizo esta observación:

«Muy mal fluyen los versos si al poeta
Faltan ocio, retiro y mente quieta.»

Ese mismo Ovidio expatriado, y Cicerón alejado de los negocios públicos, y Dante perseguido; Milton proscrito y Chateaubriand relegado al olvido; todos esos hombres produciendo bellas obras literarias, no prueban que los odios políticos, ni las guerras civiles sean propicias á las letras: esos autores pudieron escribir bien, precisamente porque las circunstancias los obligaron á refugiarse en el retiro, á estar quietos y tranquilos.

Es cierto que después de la independencia han aumenta-

do en México los establecimientos de educación, en lo general hablando; pero en particular las bellas letras casi no han merecido la atención de nuestros gobernantes, quienes, con rara excepción, pueden calificarse de *literatos*, según vamos á demostrar con hechos innegables.

La sola áncora de salvación que se presenta hoy á la vista de los literatos mexicanos es el Ministerio de Fomento, acerca del cual D. Luis González Obregón, en su *Anuario Bibliográfico* (México, 1889) dice:

«Con satisfacción lo hacemos constar aquí, porque no es una lisonja sino un tributo merecido á la justicia y á la verdad; el que principalmente ha prestado decidida y desinteresada protección á los literatos mexicanos en nuestros días, es el Sr. General D. Carlos Pacheco, quien en la imprenta fundada por él en la Secretaría que está á su cargo, ha ordenado la reimpresión de obras de mérito indisputable; ha publicado por primera vez libros de nuestros más eminentes literatos; ha estimulado á varios jóvenes imprimiéndoles sus ensayos y ha facilitado la impresión de las tesis á estudiantes pobres, que antes muchas veces no podían hacerlo ni aun á costa de sacrificios y privaciones.»

Empero, las excepciones no destruyen sino que confirman las reglas. D. Niceto de Zamacois, en su *Historia de Mexico*, considera como una de las ideas dignas de elogio del gobierno de Maximiliano, la formación de una Academia de Ciencias y Literatura. Esa Academia fué restablecida por Juárez; pero sólo se reunió algunas veces mientras fué Ministro Don José María Lafragua: después de la muerte de Lafragua nadie ha vuelto ni siquiera á mencionar aquella corporación. Todo esto nos consta porque hemos pertenecido á ambas Academias. Más adelante, D. Vicente Riva Palacio fundó un Ateneo Nacional de Ciencias y Letras, subvencionado por el gobierno, el cual Ateneo fué como un meteoro: se presentó, brilló y desapareció. Entre tanto que ésto pasa en México, obsérvese que en las naciones civilizadas los gobiernos protegen las sociedades literarias, como sucede en Francia, con la ilustre Academia de Bellas Letras y, en España, con el famoso Ateneo de Madrid. Durante el gobierno colonial no hubo en Nueva España Academias oficiales; pero sí Universidades, donde se formaron tantos varones doctos en ciencias y letras, las cuales Universida-

des fueron clausuradas en nuestra época, sin ser sustituidas con otra clase de planteles.

Desde que se hizo la independencia hasta el momento de terminar este libro, no sabemos se hayan pensionado, en nuestro país, más que dos poetas: Valle, con una corta mensualidad, por el gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado, y Manuel Flores, en México, pocos días antes de morir, así es que la pensión suponemos sirvió para el entierro. Y no se diga que la falta de socorro á nuestros escritores es por que no le han necesitado, pues en los capítulos anteriores hemos visto casos de poetas muertos en la miseria, como Hipólito Serán y Gabino Ortiz. (Véase nota 3ª al fin del capítulo.)

No obstante el espíritu democrático del país, nuestros militares lucen vistosos uniformes, ostentan cruces y medallas, mientras que para el hombre de Estado, el diplomático, el sabio, el literato y el artista no hay signo alguno de distinción. De acuerdo con nuestras instituciones, bien podía haber en México una modesta medalla del *mérito civil*, de oro, plata ó cobre, según los merecimientos de cada uno. En la República Francesa hay la Cruz de la Legión de Honor, la medalla de Instrucción Pública, la del Mérito Agrícola, etc. En Inglaterra, la reina actual concedió al poeta Tenisson el título de Barón. En España, el gobierno ha tomado parte activa en la solemne coronación de Zorrilla. En nuestro país, mientras duró la dominación española, los mejores poetas eran premiados con cruces que venían de España, con medallas acuñadas en México y aun pecuniariamente.

Muy rara vez los gobernantes mexicanos han concedido alguna subvención corta, y pasajera á los teatros, y nunca premios á las obras dramáticas, lo contrario de lo que pasa en Europa: basta recordar que hace pocos años se dió en Bélgica un real decreto instituyendo premios pecuniarios á favor de las obras dramáticas belgas.

En toda la República Mexicana no existe una cátedra de estética literaria, tan común en otras partes.

Sobre el influjo de la clase rica en el adelantamiento literario, diremos que entre nosotros, salvo pocas excepciones, rico es sinónimo de ignorante y egoísta. Los capitalistas mexicanos, cuando mucho, dan un vistazo á los periódicos;

si son mal inclinados, gastan sus bienes en vicios, y si son bien inclinados, emplean el dinero que les sobra en darle á usura, ó hacer negocios ruinosos para el país. Es doloroso confesar que la multitud de certámenes literarios habidos en tiempo del gobierno español, figuran nombres de personas nobles y ricas, siendo todavía más frecuente encontrar en aquellos tiempos hombres acaudalados que dedicaban parte de su fortuna á abrir escuelas, dotar cátedras y edificar colegios. Nada de ésto se usa ahora; nadie recuerda ya aquel epigrama de Marcial:

*Sint Mecenas, non deerunt, Flaccus, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt.*

A buen seguro que encontremos hoy en México un D. Juan de Arguijo, llamado «Apolo de los poetas españoles» por su afán de honrarlos y protegerlos. Y no debe olvidarse que remontándonos al origen de la poesía española resulta que es de noble estirpe: díganlo los nombres de D. Juan Manuel, López de Ayala, Pérez de Guzmán, el Marqués de Villena, el de Santillana, etc. Los trovadores eran casi todos de la primera nobleza, y formaban una Academia que se juntó al principio en Tolosa y después en Barcelona. Entre los trovadores se encuentran diversos reyes, Alonso I, D. Pedro III de Aragón, D. Dionisio y D. Alonso IV de Portugal, etc. En Castilla hubo también reyes poetas, como D. Alonso el Sabio, D. Juan II y Felipe IV. Hace poco tiempo se publicó, en España, un librito con el título de *Ripios aristocráticos*, escrito de mala fe, con el objeto de censurar infundadamente á todo escritor en verso que tuviera el defecto, para el autor del escrito, de ser noble. Ese libro prueba lo contrario de lo que el crítico se propuso, resultando en elogio de la nobleza española, pues se ve claramente los muchos nobles de España dedicados al cultivo de las bellas letras, lo cual es digno de encomio y no de reprobación. En toda Europa se encuentran ricos, nobles y personas de sangre real que protegen la literatura, y aun algunos de ellos son escritores. Lo mismo sucede con varios millonarios de los Estados Unidos, quienes frecuentemente dedican parte de sus bienes á fundar establecimientos de educación, desde la primaria, hasta planteles sumtuosos que llevan el título de Universidades, como la de

Vanderbilt. Ahora bien, en México no sabemos que haya actualmente más que dos capitalistas y un miembro de la antigua nobleza colonial dedicados al estudio. D. Joaquín García Icazbalceta, D. Casimiro Collado y D. José de Agreda, heredero del título de Conde de Agreda.

Lo dicho hasta aquí, respecto á nuestros ricos, y ex-nobles, no significa un voto de censura contra los propietarios que prefieren atender sus negocios á hacer versos, en lo cual, sin duda alguna, aciertan. Nos referimos á los ricos que ponen sus bienes al cuidado de otras personas, y ellos se dedican al libertinaje, ó á vivir en una ociosidad estúpida. Algunos, es cierto que suelen ir á Europa; pero allí sólo aprenden á chapurrar el francés y el inglés, á manejar caballos, la espada y la pistola para sostener *lances de honor*, á vestirse por figurín y, sobre todo, hablar mal de su patria. Acerca de tales personajes, nuestro Gómez Marín escribió *El Carrutero* por alambique, Ochoa y Carpio varios epigramas, Calderón su comedia *A ninguna de las tres*, Serán sus *Ceros sociales*, un escritor anónimo la sátira intitulada *Los leones*, el obispo Montes de Oca otra sátira contra *La educación europea*. Sobre todo, recomendamos la lectura de un artículo crítico relativo á los hispano-americanos que van á Europa, publicado en la *América literaria*, pág. 260 (Buenos Aires, 1889).

Desgraciadamente en nuestra República no sólo el gobierno y las personas ricas se muestran indiferentes á las bellas letras, sino el público en general. A la verdad, no falta quien concorra á los teatros, pero se prefieren los toros y el circo; y, por otra parte, se nota que con dificultad sale una edición de poesías: los editores, para costearse, tienen que hacer impresiones baratas y, en consecuencia, malas, repartir por entregas, y valerse de otros recursos por el estilo. Algunos ejemplos probarán nuestro aserto, tomados de personas pertenecientes á diversos partidos políticos, para que no se atribuya el mal éxito de esas publicaciones á odios especiales.

El escritor liberal y racionalista D. Ignacio Altamirano trató de reimprimir, en México, sus poesías y demás obras literarias, por suscripción, y no encontró suficiente número de suscriptores. El conservador y católico D. Domingo Argumosa publicó un tomo de poesías: hemos leído en al-

gunos periódicos que esas poesías apenas se venden. El interesante periódico *Revista de letras y ciencias* ha dejado de publicarse por falta de suscriptores, ó igual suerte ha corrido *El Artista*, dedicado á bellas artes y bellas letras. (Véase nota del capítulo XXI.) Las personas que tienen recursos imprimen trabajos literarios, por gusto, sabiendo que pierden el dinero, como la familia de Pesado al dar á luz la tercera edición de las poesías de éste, Roa Bárcena al publicar sus escritos poéticos, García Icazbalceta al ser editor de las *Poesías inéditas* del P. Alegre. Las personas que no pueden hacer por su cuenta la publicación de sus obras, no sólo poéticas sino históricas y aún meramente científicas, tienen que acudir al gobierno, según ha sucedido, por ejemplo, con el *Romancero Nacional* de Prieto, las obras de D. Ignacio Ramírez, el estudio sobre Fernández Lizardipor González Obregón, la *Historia Antigua de México* por Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas* del mismo autor, el *Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico* de García Cubas, y nuestra obra sobre idiomas indígenas: el primer tomo, primera edición, le imprimimos por nuestra cuenta y vendimos en toda la República Mexicana siete ejemplares. De la obra citada de Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas*, sólo se vendieron cinco ejemplares. Entretanto, los escritores europeos suelen hacerse ricos, hasta con obras de puro divertimento, como Dumas, Víctor Hugo, Eugenio Sñe, etc.: hace poco tiempo Sardou, con su drama *Fedora*, ganó 500,000 francos. En España, Echagaray, Cano, Sellés y otros dramaturgos, después de oírse aplaudir en el teatro, reciben lo que les corresponde de la entrada. En México los autores dramáticos suelen ser aplaudidos en el escenario; pero utilidad pecuniaria ninguna obtienen.

Hé aquí la noticia que da un periódico acerca de lo que ganan algunos novelistas europeos:

«¿Quiere saber el lector lo que ganan los novelistas de folletín más en boga, según un estudio recientemente publicado?»

«Montepín, Mary y Richebourg, por ejemplo, ganan próximamente en cada novela:

«Primero, unos 30,000 francos en el periódico que por primera vez publica la novela en folletín; otros 25,000 francos en que puede calcularse la ganancia de la reproducción en

entregas á 10 céntimos; otros 2,000 francos que produce la venta de la novela *en tomo*. Total, obra de unos 57,000 francos, sin contar los derechos de reproducción en provincias y de traducción en el extranjero, lo cual hace subir el importe á más de 65,000 francos.

«No parezca exagerada la cifra de 25,000 francos en folletín, pues Montepín cobra por líneas, y en casi todas sus obras abundan los diálogos de este corte:

“—¿Sois vos?

“—¡Yo!

“—Os esperaba.

“—¡Pardiez!

“—¿Lo dudáis?

“—No, pero

“—¿Qué?

“—Creo

“—¡Acabad, vive Dios!

“—¿Puedo ser franco?

“—Os lo ruego.

“—Pues

“Etcétera; hay folletines que no dicen más de lo copiado, lo que hace docientas líneas á cincuenta céntimos cada una.

“Y el público lo traga con la buena voluntad de una ostra virgen.”

Después de la independencia han escaseado tanto los buenos críticos, que sólo recordamos tres dignos de citarse: el Conde de la Cortina, Couto y Zarco, de quienes hemos hablado en el capítulo XIX. La crítica mexicana se ha extraviado constantemente por uno de estos motivos: falta de instrucción sólida en los criticadores, los odios de secta y partido, el espíritu de envidia.

Revilla, en su *Disertación sobre la crítica*, se quejaba de que en España «el oficio de crítico se reducía á cursar bien ó mal una carrera, escribir cuatro gacetillas en un periódico y decir cuatro disparates en el Ateneo, y después de esto lanzarse el crítico á dar consejos á Tamayo y Baus-Hartzenbusch, etc.» ¡Qué diría Revilla si viviera y viniese á México! Aquí el oficio de crítico es todavía más fácil que en España: no se necesita otra cosa sino tener una idea confusa de gramática y arte poética, algún periódico donde es-

cribir sandeces, y mucha audacia para decirlas. Con esto basta para que cualquier *quidam* se habilite de Aristarco y se dedique á morder á todo el que se le para delante. Generalmente nuestros críticos, para injuriar á mansalva á todo el mundo, se ocultan bajo el velo del anónimo ó del pseudónimo: Balnes, en su *Criterio*, manifiesta “que los anónimos merecen poca confianza,” y Rousseau fué más expresivo cuando dijo: “que ningún hombre de bien ocultaba su nombre.” De la manera referida resulta que, en México casi no hay crítica, propiamente hablando; que rara vez aparece un juicio acertado, en forma de tal, ó bien como biografía, bibliografía, prólogo, artículo de periódico, etc. Lo que domina hoy, en la República Mexicana, son prólogos malos y artículos de periódicos pésimos. En el curso de esta obra hemos impugnado varios prólogos, recientemente publicados. Casi todos los prólogos que se publican en México son panegíricos exagerados hasta el ridículo, escritos por algún copartidario y correligionario del autor, hablando el panegirista en tono de *magister dixit*. Véase lo que, en general, contra la plaga literaria de los prólogos, hemos dicho, capítulo XV, nota 4.^a Respecto á crítica periodística tratamos especialmente en el capítulo XXI, donde, en apoyo nuestro, hemos copiado las siguientes palabras de Roa Bárcena (*Acopio de Sonetos*): “La crítica ó no existe entre nosotros, ó sólo se manifiesta en alguno que otro suelto de gacetilla escrito al vuelo, sin rastro de examen ni del menor conocimiento de la materia.” Siendo esta la verdad y lo demás que tenemos observado acerca de nuestra crítica periodística, ella recuerda el siguiente pasaje de Monlau:

“Observando estrictamente las reglas que acabamos de dar, evitarán los principiantes el ir á engrosar la turba de esos críticos folleteros, venales y pandillistas, de esos maldicientes de profesión que

En tiendas de libreros se agavillan
á destrozar la aplicación ajena,
doctos creyendo ser porque anchillan;

y que, sin hacer cosa útil, incapaces de hacerla, sólo se ocupan en morder las producciones ajenas porque son ajenas, ó

porque logran alguna aceptación, que ofende su ruín envidia, la cual piensan despicar de este modo."

Campoamor, en su *Pólitica*, hablando de la crítica literaria dice:

«Así como las flores del rosal por falta de cultivo degeneran hasta transformarse en una especie de rosas de escaramujo, los críticos sin estudios superiores se convierten por empirismo en unos verdaderos malas lenguas. Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bilis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos. Si algo pudiera desalentar en esta vida las fuerzas de mi corazón, me afligiría al ver la indiferencia con que se ven los estragos que hacen, no los rosales, sino los escaramujos de la crítica, convirtiéndose en conductores de las pestes de la envidia literaria, de la animosidad, de las antipatías personales, y de la rivalidad política, sin que el público procure aislarlas por medio de cordones sanitarios de desprecio.»

Los odios de secta y partido van á parar en México á uno de dos extremos, panegíricos hiperbólicos ó censuras injustas. Si aparece un poeta conservador le encomian exageradamente los escritores de su partido, y le atacan cruelmente sus contrarios en ideas. Lo mismo sucede, relativamente, si el autor pertenece al partido liberal: los críticos liberales empuñan el incensario, y los conservadores el azote. Para que no se crea que exageramos véase lo que hemos observado, en el capítulo XX, respecto á los juicios emitidos en México, de los poetas recientemente muertos, y aquí agregaremos un hecho más, muy expresivo. Cuando en la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, hay alguna vacante y se cubre, si el nuevo académico es conservador, él y sus colegas del mismo bando, tienen que sufrir las injurias de la prensa liberal, y si es progresista debe prepararse, así como sus copartidarios de la Academia, para oír los denuestos de los diarios retrógrados. Últimamente, en el periódico *El Universal*, ha comenzado á salir una miserable imitación de un pésimo modelo, del libro español Balbuena intitulado *Ripios Académicos*, aplicado aquel á los poetas mexicanos que tienen el defecto de ser

académicos. Empero, en honra de las letras mexicanas se ha publicado una excelente refutación del librejo de Balbuena, escrita por D. José M^o Roa Bárcena con el título de *Carta sobre los Ripios Aristocráticos y Académicos de D. Antonio Balbuena* (México, 1890), Campoamor en su *Pólitica* ya citada, quejándose del pernicioso influjo de la política, en el arte, dice:

«Si hoy diesen sus obras al teatro la gloriosa trinidad de Lope, Tirso y Calderón, ó tendrían que dejar de escribir, ó serían silbados inmisericordiosamente, sin más razón que la de estar vestidos del caracter autoritario de sacerdotes católicos.

«Digo más: si Victor Hugo y Lamartine no hubieran apostatado de sus primeras ideas haciéndose demagogos, hubieran sido apedreados por legitimistas por calles y por plazuelas.

«La igualdad y la envidia conducen á la nivelación, y el palo es el sexto sentido de los ciegos y de los partidos democráticos.

«Literariamente he llegado á despreciar á los críticos políticos, y más que en su juicio apasionado, me fio del talento y del criterio inconsciente de las mujeres, que han conservado la memoria de Arriaza, ahogada por un diluvio de poetas extranjerizados y de políticos rencorosos é iliteratos.

«Y, efectivamente, por sus ideas absolutistas hemos visto en nuestros días morir olvidado al poeta Arriaza, que era un ingenio bastante más natural y más feliz que muchos de los talentos que se complacieron en desdeñarle. De niño recuerdo que admiraba yo mucho á Arriaza, y no entendía á Herrera. Hoy, ya viejo, sigo no entendiendo á Herrera y leyendo con gusto á Arriaza. He visto alguna vez á este bondadoso anciano sentado humildemente á la mesa de un café, mientras pasaban orgullosos por su lado escritorzuelos exagerados, de los cuales ya nadie se acuerda, y estoy seguro que ante aquella generación desgraciada, le decía á Arriaza su conciencia lo que el Cardenal Lenau al Príncipe de Condé, cuando éste caía bajo el peso de la calumnia:— «¡Valor! que los detractores se hundirán en la sombra y vos quedaréis en la luz!»

Nos resta que hablar todavía respecto á otra cosa de las

grandes dolencias de nuestra crítica, el espíritu de envidia. La envidia es una vil pasión que existe desde que hay hombres: en las primeras páginas del Génesis se habla del odio que Caín tenía á Abel *por envidia de su virtud*. Sin embargo, desgraciadamente México puede tenerse como el país clásico de la envidia, y considerarse esta pasión una de las características de los mexicanos, lo cual se observa desde la época colonial. Hé aquí, por ejemplo, lo que Beristáin dice en su *Biblioteca*, artículo referente á D. José González Torres de Navarra: «Unas de las causas del atraso de la literatura, y de la ociosidad de los jóvenes nobles entre nosotros, es el desprecio con que ciertos genios envidiosos, que creen estancadas las ciencias y aun la facultad de pensar en las universidades y en los claustros, miran la aplicación y discursos de los que siguiendo la carrera militar, ú otra secular, no han obtenido los grados escolásticos de licenciados, doctores y maestros. Se persuaden los tales á que las letras están reñidas con las espadas, ó que sólo florecen entre las canas; y no siendo todos lo que hablan ó escriben Platonea en la filosofía, Cicerones en la elocuencia, Euclides en las matemáticas y Virgilio en la poesía, muerden, satirizan y despedazan á los que se esfuerzan á publicar algún parto de su aplicación y talento, como si ellos todos fuesen siquiera medianos en alguna ciencia. Síguese de aquí el resfrío en la aplicación de los que se ven tratar así tan mal, y jamás llegamos á tener un buen número de sabios, ni á ver sus frutos sazonados: porque con el cerzo de la crítica envidiosa, y con los dientes de la detracción villana se marchitan y cortan las flores.»

En general hablando, y sin fijarnos, por ahora, en persona determinada, manifestaremos cuál ha sido y es el objeto de los envidiosos, en México, respecto á los escritores. Hay dos modos de igualar á los hombres, ascender al que está abajo, ó bajar al que está arriba. Tratándose de mérito científico, literario y artístico, lo primero es difícil y lo segundo es fácil. Para aquello es preciso tener aptitud natural, estudiar, meditar, y trabajar; para lo otro basta con nulificar al que vale algo, y esto es lo que se procura en México con los buenos escritores. Cuando alguno de ellos publica un libro se comienza por negar que tiene valor, y si resulta aprobado por críticos competentes, especialmen-

te si son extranjeros, entonces se acude á otro recurso: suponer que el libro es una simple imitación, una traducción ó un plagio. Para comprobar nuestro dicho bastarán dos ejemplos, uno de la época colonial y otro de la independiente. El P. Parra, muerto en 1701, escribió unas pláticas doctrinales con el título *Luz de verdades católicas*, tan bien escritas que la Academia Española las tomó de guía entre las autoridades que le sirvieron para formar su primer diccionario. Más adelante se aseguró en Nueva España, que las Pláticas no eran originales del P. Parra, sino traducidas del italiano: después se aclaró que el italiano Ardia era quién había traducido á su idioma, del castellano, la obra del mexicano Parra, omitiendo aquel las alusiones que nuestro autor hace á las costumbres mexicanas. En la época presente, no pudiendo negarse el mérito de las comedias de Gorostiza, circuló la voz de que no eran suyas, sino robadas á un fraile D. Fulano de Tal, quién había tenido el descuido de dejarlas abandonadas.

México es, pues, el país, pudiera decirse, del ostracismo moral, y esto produce uno de dos resultados: cuando se da con autores tímidos se retraen de escribir; cuando se ataca á hombres animosos devuelven injuria por injuria, y suelen contestar á puñetazos y aún á estocadas.

En una palabra el sistema crítico mexicano es de consecuencias funestas para el público y para los escritores. Aquel resulta engañado con panegíricos hiperbólicos ó con vituperios exagerados: los otros no pueden menos de infatuarse ó desanimarse.

Como iguales causas producen los mismos efectos, lo que hemos observado respecto al abuso de la crítica, en México, se observa también en otros países. Bastará citar aquí algunos hechos relativos á España. Tamayo y Baus, hablando de Ayala, dijo: «No auméntó más su caudal literario quizá por que la crítica heló su entusiasmo. Y tal vez las injustas censuras fueron motivo de que Hartzenbusch no favoreciese el teatro nacional con mayor número de obras.» D. Jacinto Octavio Picón llama á ciertos críticos satíricos *sabandijas literarias*, y hace ver que obran por el convencimiento de la propia baja y la envidia del valer ajeno. «Con frecuencia la sabandija consigue asociarse á otro animal imbecil, pero también dañino, el cual funda

un periódico satírico que algunas veces tiene la avilantez de presentarse como serio: cada columna de aquel papel se convierte en una picota de honras ajenas

«La envidia toma en la sabandija las formas más asquerosas: censura lo bueno, elogia lo mediano, llama niño á lo discreto, desvergonzado á lo gracioso, soso á lo culto; lo realmente superior tiene el privilegio de sacarle de quicio. Sólo hay un remedio contra la sabandija: el desprecio» D. Manuel Revilla ha atacado también á los criticastros de su país en el *Discurso sobre la crítica*. Campoamor en su *Poética*, observa lo siguiente: «El entendimiento corto y el alma pequeña de un crítico pueden acobardar á ingenios eminentes, y un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión que flores marchita una noche de helada en primavera. La envidia y la imbecilidad suelen querer apagar las luces, para que en la sombra todos seamos iguales.»

De todo lo dicho acerca de las causas que han impedido é impiden el posible perfeccionamiento de la poesía mexicana, resulta que si ésta tiene un mérito relativo, según hemos explicado; que si ella ha progresado y progresa, aunque sea lentamente, se debe al esfuerzo personal de los escritores, á su puro y noble amor al arte, no contando casi con protección alguna, y sí con muchas contrariedades. Desde este punto de vista, justo es, pues, declarar que es grande, muy grande, excelso, el mérito de los poetas mexicanos. Ellos nada tienen que esperar, y sí mucho que temer: ninguna honra ni provecho, y sí la indiferencia, la burla y hasta la injuria.

Vois—tu dans la carrière antique,
Autour des coursiers et des chars,
Jullir la poussière olympique
Qui les dérobe á nos regards?
Dans sa course ainsi le Génie
Par les nuages de l' Envie
• Marche longtemps environné;
Mais au terme de la carrière
Des flots de l' indigne poussière
Il sort vainqueur et couronné.

*
*
*

Enumeradas ya las causas que han impedido el perfeccionamiento de nuestra poesía, indicar el remedio del mal es fácil, porque todo se reduce á aconsejar se eviten aquellas causas por todos los medios posibles. Que no se abuse del recurso de imitación, sino que, por el contrario, se revista el espíritu de nacionalidad con la forma de un discreto eclecticismo, según hemos explicado varias veces, especialmente al tratar de Pesado; siendo conveniente en este particular tener presente una regla de Revilla, que se lee en sus *Principios de Literatura*: "La educación teórico—práctica se adquiere con el estudio de «los grandes modelos del arte literario. Este estudio no ha «de llevar á una servil imitación de los modelos, sino á una «libre asimilación de sus bellezas, no perdiendo de vista el «carácter de la época y del pueblo en que el artista vive."

Campoamor, en su *Poética*, observa:

«Los artistas deben encarnarse en su tiempo por medio de afecciones literarias y vínculos históricos, asociando á sus asuntos los modos de decir y de pensar hijos de las circunstancias. Cada siglo tiene su corriente de ideas que le son propias, y que, al vestirse, toman el traje de moda de su tiempo. El corsé higiénico moderno no sé si viste mejor, pero de seguro da más facilidad á los movimientos que la vieja cotilla de nuestras abuelas.

«Es cierto que los antiguos poetámbulos tendieron más á ocuparse en los asuntos de lo pasado y de lo porvenir, que en las necesidades de lo presente. Al pasado y porvenir se les puede calumniar, sin que aquél se queje, ni éste pueda hablar todavía; pero al fotografiar lo presente ofrece la dificultad de que todos los lectores se erigen en jueces sobre el parecido de las cosas pintadas. Este inconveniente es lo que hace que hayan abundado tanto los cantores épicos ó legendarios y los poetas visionarios, porque, como dice la copla:

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

«Pero la poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas propios de su época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilán, y hay que seguir su impulso si no se quiere parecer anacrónico. Los incidentes y las ideas de la *Iliada* y de la *Eneida* no sólo no son asimilables, pero ni siquiera son concebibles en nuestra moderna vida europea.

«No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro.»

Que nuestros escritores se dediquen al estudio profundamente, mediten sus obras y escriban despacio, adunando el arte con la naturaleza, la literatura creadora con la literatura crítica. Que el poeta mexicano renuncie á la poltícomanía, y se recoja en la tranquilidad de su gabinete, durante la guerra, como el griego Arquímedes. Que los críticos de nuestro país aprendan algo más de lo que saben, y tengan la sensatez necesaria para aplaudir á sus enemigos y censurar á sus amigos, como aconsejaba Polibio. Que el envidioso comprenda ser su sistema pernicioso para los demás ó ineficaz para él mismo. Que los gobiernos y los ricos se conviertan en Mecenas del pobre, según se hace en Europa, y que el conocimiento de las bellas letras se propague por todas partes. Sobre todo, recomendamos á los poetas no hagan caso alguno de los criticastros, siguiendo los consejos de Boileau, en aquellos versos de su Poética que comienzan así:

Je vous l'ai déjà dit, aimez qu'on vous censure,
Et, souple à la raison, corrigez sans murmure.
Mais ne vous rendez pas dès qu'un sot vous reprend.
Souvent dans son orgueil un subtil ignorant,
Par d'injustes dégouts combat toute une pièce,
Blâme des plus beaux vers la noble hardiesse.
On a beau réfuter ses vains raisonnemens;
Son esprit se complait dans ses faux jugemens;
Et sa faible raison, de clarté dépourvue,
Pense que rien n'échappe à sa débile vue.
Ses conseils sont à craindre, et, si vous les croyez,
Pensant fuir un écueil, souvent vous vous noyez.

Pero no sólo hay que evitar lo malo, para el progreso de una literatura, sino que es preciso, al mismo tiempo, apro-

vechar lo que se tenga de bueno. En tal concepto, vamos á indicar cuáles son los elementos con que cuentan los mexicanos para mejorar sus obras poéticas y formar la literatura nacional.

Desde luego, la aptitud innegable de nuestros compatriotas, confesada aún por los extranjeros. Alemán decía en el siglo XVI: «Sobre los ingenios mexicanos ningunos otros conocemos en cuanto el sol alumbra que puedan loarse de hacerles ventaja,» y lo mismo substancialmente expuso el Dr. Barrios en su obra *Verdades médicas* (México, 1607). El médico español Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, dice: «Todos los nacidos en Indias son de agudo y delicado ingenio.» Compara después al nacido en Indias con el recién venido de España, y considerará á aquél superior en talento. Zorrilla observa, en nuestros días, «que el sentimiento estético es innato en el pueblo mexicano.» (*Flor de los recuerdos.*)

A ese elemento subjetivo, el más indispensable de todos, hay que agregar dos objetivos de la mayor importancia y de poderoso auxilio: la belleza del país mexicano y lo interesante de la historia patria, en sus diversas épocas. Nuestro cielo y nuestras montañas, nuestras praderas y nuestros lagos, nuestros bosques y mares son un manantial inagotable de inspiración para el poeta descriptivo. Nuestra antigüedad venerable y misteriosa, nuestra edad media religiosa y caballeresca, nuestros tiempos modernos, turbulentos y escépticos, se prestan admirablemente á la narración de hechos interesantísimos que pueden realizar las musas. Aun en el punto de vista lírico ya hemos explicado otras veces que cada individuo, como cada nación, tiende á expresar sus sentimientos con varias modificaciones, según la diferencia de carácter, de educación, de estado social, etc.; de un modo, por ejemplo, el melancólico inglés que el festivo francés; de una manera el fantástico indio que el prosaico chino. En México no faltan caracteres distintivos de raza, de tradiciones, de costumbres, de hechos peculiares: no hay en la creación sér alguno que carezca de circunstancias particulares que le distingán, y es lo que se llama *individualidad*; no hay pueblo que deje de tener una *significación* singular y propia, y es lo que se llama *nacionalidad*. Por eso el arte debe abarcar no sólo las leyes ne-

cesarías de lo bello, sino el carácter de civilización en que nace, esto es, lo estable y lo pasajero. A esa fuerza subjetiva y objetiva agréguese que para dar forma á uno y otro elemento contamos con un poderoso auxilio, el idioma castellano, rico, dulce, majestuoso, caracterizado por la gala de expresiones, pompa de cadencias, voces onomatopéyas, abundancia de palabras compuestas y de sinónimos, variadas terminaciones para modificar una misma idea, libertad de construcción, ortografía casi perfecta, feliz mezcla de vocales y consonantes.—Entre lo mucho bueno que se ha escrito en elogio del castellano, y explicando lo á propósito que es para la poesía, recomendamos especialmente lo dicho por Puibusque y Viardot (*Literatura Española y Francesa comparadas y Ensayo sobre España*), así como la lección 3ª de la *Historia de la literatura española* por Alcántara (Madrid, 1884).

* *

Una observación para concluir. Estamos persuadidos de que hay períodos en las naciones más á propósito unos que otros para el desenvolvimiento de la poesía, porque no pueden producir los mismos resultados físicos y morales la paz y la guerra, la libertad y la esclavitud, la fe y el escepticismo, el espiritualismo y el materialismo; pero de aquí no debe inferirse que llegará una época en la cual desaparezca todo que no sean intereses materiales. Para esto era necesario que la naturaleza humana cambiara, quedando el hombre sólo con apetitos físicos, y perdiendo el entendimiento, manantial de la ciencia, así como la sensibilidad y la imaginación, fuentes de lo bello. «La poesía no ha muerto ni morirá, dice Cantú, mientras Dios no cambie las leyes del organismo humano, pues que la poesía es el elemento más íntimo de nuestra naturaleza.» Las mismas ideas han sido expresadas bajo la forma poética, por Grün en Alemania, Becquer y Ruiz Aguilera en España. Consúltese también lo que sobre el particular ha expuesto, muy acertadamente, Revilla en sus *Principios de literatura*, lección 31, así como Trueba en su escrito intitulado *La poesía no se va*. (Véase nota 4ª al fin del capítulo.)

Esto supuesto, rechacemos como falsa teoría el aserto de

que el movimiento industrial y mercantil sea perjudicial á los progresos del arte poético. Las dos naciones europeas que se hallan colocadas al frente de la civilización material, Francia é Inglaterra, son ricas no sólo en mecánicos é ingenieros, sino en grandes poetas líricos, objetivos y dramáticos. Entre los talleres franceses han escrito Racine, Corneille, Lamartine y Chateaubriand; Byron en Inglaterra, es le contemporáneo del vapor; y de su tiempo fueron Wordsworth, Scott y Campbell. Victor Hugo ha dicho que los Estados Unidos de América no son una nación sin un *comp-toir*, y sin embargo, de allí son Longfellow, Poe, Bryant Triay y otros poetas.

Recordaremos además, algunos hechos de otra especie, para probar no ser cierto que la poesía haya muerto ó esté muriendo en el siglo XIX.

En las naciones civilizadas existen hoy poetas aplaudidos y aparecen otros todos los días, bastando citar, de España, los nombres de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Ayalá y Echegaray.

Otra señal del gusto artístico del siglo, es que aun la ciencia se prefiere cuando va adornada con las galas poéticas, y lo prueban la popularidad de autores como Flammarion, Guillemin y Verne. En nuestra época es cuando la elocuencia ha admitido un género más, el *científico*: antiguamente sólo se consideraban el sagrado, político y forense. Precisamente considerado el punto que nos ocupa éno es en los tiempos actuales cuando ha crecido y madurado la ciencia *de lo bello*, la *estética*?

Nótese, por último, que en los países más adelantados, la carrera artística y literaria son lucrativas y honradas, según hemos dicho anteriormente en el presente capítulo.

En verdad, pues, el siglo XIX es ecléctico, atiende á satisfacer las necesidades del cuerpo y las aspiraciones del espíritu: en realidad, el arte no perece, se transforma; podrá decaer, pero nunca morir.

¡Carlos! Habrá Pasión, jamás Calvario,
Para la dulce y santa poesía;
Siempre el hombre será su tributario;
Cisne de amor, el cielo nos la envía.

Cuando ni un corazón lata en el suelo,
Al patrio nido remontando el vuelo,
Gemirá su postrera melodía.

NOTAS.

1º Algunos consideran *La Celestina* más bien como novela dramática que como drama verdadero, y sin embargo, la colocan en los orígenes del teatro español, según puede verse, por ejemplo, en las historias de la literatura española por Gil y Zárate y por Ticknor. De todos modos, en lo substancial, y aunque con algunos pasajes licenciosos, el objeto de *La Celestina* fué moral, *condenar el tenacino*. Ochoa, en su *Teatro escogido*, y Zárate, en la obra citada, ponen primero á Moreto y luego á Alarcón. Sin embargo, como en ésto pudiera haber un anacronismo, reflexiónese que *El Lindo Don Diego* de Moreto fué inspirado por *El Narciso en la opinión* de Guillén Castro, quien murió en 1621, y Alarcón en 1635. Por otra parte, Zárate observa «que tanto Moreto como Alarcón se dedicaron con preferencia á los asuntos morales.» Tocante á las comedias de Lope de Vega, téngase presente que D. Alberto Lista admite, entre ellas, algunas *filosóficas*, las cuales Ticknor llama *morales*, porque van encaminadas á desenvolver alguna máxima moral.

2º Hemos observado en el capítulo anterior, que hasta hace poco tiempo se estudiaba poética por Hermosilla, en la Escuela Preparatoria de México, y como prueba de lo que ese autor priva todavía, entre nosotros, vamos á copiar el siguiente pasaje de uno de nuestros principales literatos y poetas, el académico Roa Bárcena, en su *Acopio de Sonetos*, el cual pasaje está tomado del *Horacio en España*, por Menéndez Pelayo:

«Les sabios dirán que he usado de una crítica pobre, rastrera y mexicana, digna de los tiempos de La Harpe ó de Hermosilla. Contestaréles que en un *pasatiempo bibliográfico*, lo más oportuno para amenizarle un tanto, no es remontarse á las altas teorías estéticas y hablar mucho de lo *subjetivo* y de lo *objetivo*, de lo *real* y de lo *ideal*, en discordante y horrida algarabía; sino expresar con ligura y sin rodeos el placer ó el disgusto que la obra poética causa en un aficionado á las letras humanas. Fuera de que la crítica, por huir de un escollo, ha venido á caer en otro peor, y si antes pecaba de exclusiva y formularia, y veía poco, al menos marchaba siempre con pies de plomo y en tierra segura; al paso que hoy, por aquello de *Aquila non capit muscas*, desdofa el ocuparse de *ciertas nadas que son todo*, y va haciendo perder á sus adeptos el sentido estético, y hasta el común, que es lo peor.»

Dejaremos á un lado eso de que *la crítica marchaba*, aunque, según Barral, en buen castellano *sólo los soldados marchan*; dejaremos también á un lado la locución *ocuparse de ciertas nadas*, en lugar de *en ciertas nadas*, modo de hablar aquel que Menéndez Pelayo mismo ha censurado (*Ciencia Española*) á Revilla. Contrayéndonos á lo substancial del asunto, vamos á refutar á Menéndez Pelayo con él mismo. Este escritor, en su *Historia*

de las ideas estéticas en España, declara buena la clasificación de la poesía en *subjetiva* y *objetiva*, y señala varios defectos al *Arte de hablar*, por Hermosilla, llegando á calificar á éste de *empírico grosero*. A La Harpe no le da importancia, sino como conocedor de la literatura francesa del siglo de Luis XIV. En nuestro concepto, La Harpe y Hermosilla no se hallan al alcance de los buenos críticos de la época actual; pero tampoco son autores despreciables. Un juez competente, Ancillón en sus *Ensayos de literatura*, considera á La Harpe como buen crítico respecto á la forma de las composiciones. Otro juez competente, Revilla (calificado de excelente crítico por Cánovas del Castillo), en su *Discurso sobre la crítica*, declara á Hermosilla de poco sentimiento artístico; pero entendido en las reglas del arte.

Actualmente, en la Escuela Preparatoria de México se estudia Poética por Campillo Correa, cuya obra juzgamos buena como elemental; pero insuficiente para resolver ningún problema elevado de literatura. No será fuera de propósito agregar aquí una noticia, aunque muy breve, respecto á los autores de Arte Poética más conocidos en México desde la época colonial.

Durante el tiempo de la dominación española se estudiaban en nuestro país las cuatro Poéticas clásicas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, y también las que se publicaban en España, como las de Pinciano, Cascales, Cueva, Luzán y otros. En México se escribieron algunos tratados de Arte Poética, según dijimos en los capítulos I, IV y X.

Después de la independencia comenzó por usarse la Poética de Sánchez, publicada por Bustamante (1825) con un Apéndice sobre lo bello y el gusto, en el cual figura un extracto de lo que acerca de la belleza escribió D. Esteban Arteaga. La obra de Arteaga ha sido elogiada por Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas en España*; pero sin mencionar lo que de ella se publicó en México. Más adelante se han usado en nuestro país, sucesivamente, las Poéticas de Martínez de la Rosa, Blair, Gil de Zárate y Hermosilla, así como la Prosigodia de Sicilia y la Métrica de Salvá. Todos nuestros literatos conocen las Poéticas de Horacio y de Boileau, pocos la de Aristóteles y casi ninguno la de Vida. Esto último sucede con la excelente Métrica de Bello y con algunas apreciables Poéticas de la escuela moderna, como la de Canalejas y Revilla. No faltan, entre nosotros, algunos tratados elementales de Poética escritos por mexicanos, como el del Dr. Peredo, el de D. Tirso Córdova, el de D. Juan Urbina, y un extracto, en verso, de la Prosigodia de Peredo, Córdova y Urbina, llevan ejemplos tomados de escritores nacionales. En cuanto á Estética, ya hemos explicado varias veces, en la presente obra, que es ciencia casi ignorada en la República Mexicana.

3º Un escritor nada sospechoso, liberal, patriota, españolófilo, Altamirano, en su Prólogo á las Poesías de Rosas Moreno (México, 1891), ha hecho la siguiente confesión respecto al estado de los poetas mexicanos después de la Independencia:

«Hé ahí, pues, que ha muerto un poeta dulce y amable, tan inspirado como bueno, honrado en las ideas políticas, y honrado y útil en sus versos.

«Ha muerto, como mueren generalmente en México los literatos y los poetas, en la miseria y en la tristeza, como murió el *Pensador*, como murió Rodríguez Galván, como murió Fernando Orozco, como murió Florencio del Castillo, como murió Arróniz, como murió Ignacio Ramírez, como murió Orozco y Berra!

«Y además de esta muerte en el abandono, aún sufren una desgracia póstuma..... ¡el olvido!

«¿Quién piensa en José Rosas sino sus antiguos amigos, sus hermanos en las penas y los trabajos literarios?

«Si el Sr. Juárez, descendiendo de su alto pedestal político, hubiera tenido la grandeza de ánimo que tuvo el ilustre Presidente de Honduras Marco Aurelio Soto, el otro día, cuando condecoró al poeta José Joaquín de Palma, y hubiese querido premiar la inspiración y los afanes útiles, habría hecho bien colocando en el pecho de José Rosas una medalla como el símbolo de la aprobación nacional, porque fué útil por haber puesto la poesía al servicio de la moral en las puertas de la infancia.»

4. Hemos manifestado varias veces, en el curso de esta obra, que nuestro maestro en Estética es Hegel, cuya obra sobre esa ciencia no ha sido mejorada hasta ahora. Sin embargo, como Hegel no es infalible; nos separamos de él cuando creemos se equivoca, según sucede respecto al porvenir del arte: para nosotros el arte progresa transformándose, y para Hegel el arte pertenece al pasado, destruido por los principios abstractos de la religión y de la filosofía. Hoy piensan de modo contrario varios autores, quienes suponen desaparece la religión y la filosofía, punto que aquí no discutimos por ser nuestra obra puramente literaria. Por ejemplo, Tiberghien, en su *Estética*, dice terminantemente: «La filosofía se desmorona.» Nordan, en el libro *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, el cual libro ha tenido numerosas ediciones y ha sido traducido á las principales lenguas de Europa, se expresa así:

«Ces germes se développeront; un avenir prochain peut-être verra une civilisation où les hommes satisferont leur besoin de délassement, d'élévation d'émotions en commun et de solidarité humaine, non plus par des rêves religieux, mais d'une façon rationnelle. Le théâtre redeviendra, comme lors de ses débuts en Grèce et à deux mille cinq cents ans, un lieu de culte pour les hommes; on n'y verra plus régner l'obscurité, les chansons triviales, le rire bête, la demi-nudité lascive, mais on y verra aux prises, dans une belle personification, les passions et la volonté, l'égoïsme et le renoncement; tous les discours auront pour base l'existence solidaire de l'Humanité. Des actes de bienfaisance suivront les actes du culte. Quelles émotions nouvelles l'homme n'éprouvera-t-il pas dans ces fêtes de l'avenir! La beauté claire et nette de la parole du poète l'emportera sans peine sur le mysticisme du prédicateur. Les passions humaines d'un noble drame captivent un esprit pour lequel le symbolisme d'une messe manque de sens. Les explications d'un savant qui expose les phénomènes de la nature, le discours d'un homme politique traitant les questions du jour, provoquent chez l'auditeur un intérêt incomparablement plus vif et plus direct que le bavardage ampoulé d'un prédicateur qui raconte des mythes ou délaie des dogmes. L'adop-

tion d'orphelins par la commune, la distribution de vêtements et d'usages présents á des enfants pauvres, des témoignages public d'estime-décernés á des concitoyens méritants, en présence de la population, avec accompagnement de chant et de musique, dans des cérémonies dignes et imposantes: tout cela donne mieux que des simagrées religieuses, á celui qui y prend part, le vrai sentiment des obligations des hommes les uns envers les autres et de leur union par un lien de solidarité.»

5. Se nos ha preguntado últimamente qué entendemos por literatura nacional mexicana. Vamos á responder aquí con la posible brevedad. En nuestro humilde concepto la literatura nacional mexicana debe tener las siguientes cualidades:

Primera. El autor mexicano ha de escribir en castellano puro, aunque siéndole permitido introducir algunos neologismos convenientes. El castellano es, de hecho, el idioma que domina en la República Mexicana, es nuestro idioma oficial, nuestro idioma literario. Las lenguas indígenas de México se consideran como muertas y carecen de literatura. Véase, en el capítulo I, lo que dijimos sobre la poesía que hemos llamado indo-hispana. Véase también lo manifestado sobre neologismos en el *Prólogo*, y nuestra impugnación á Altamirano respecto á su teoría de un *Dialecto nacional*, capítulo XIX, nota 1.^a

Segunda. El escritor mexicano debe respetar las reglas del arte generalmente admitidas; pero bien puede proponer alguna nueva fundándola debidamente.

Tercera. Al escritor mexicano no le es vedado pertenecer á alguna escuela literaria como la clásica, romántica, ecléctica, idealista, realista, etc.; pero sin imitar servilmente á ningún autor determinado. La imitación es permitida en literatura, cuando no llega á servir, cuando no pasa á plagio. Véase lo que hemos dicho anteriormente, en el Epílogo, sobre imitación, y la nota del capítulo relativo á Carpio.

Cuarta. Es preferible que el escritor mexicano escoja argumentos nacionales, ésto es, asuntos propios de su país. En los argumentos nacionales, se comprenden algunos que, á la vez, pertenecen á diversos pueblos, como las creencias religiosas. El cristianismo, religión dominante en muchas naciones, es la nacional de México, porque aquí la profesan la mayoría de sus habitantes. Tasso fué poeta épico italiano, al narrar en la *Jerusalén libertada*, las guerras de las cruzadas, y Klopstock fué poeta épico alemán en su *Mesíada*, cuya acción pasa en Jerusalem. Aunque, según hemos dicho, nos parece preferible que el escritor mexicano use argumentos nacionales, bien puede tomarlos del extranjero. Así, por ejemplo, Shakespeare es trágico inglés en su pieza *Hamlet*, príncipe de Dinamarca; Víctor Hugo es dramaturgo francés en el drama *Hernani*, personaje castellano. Los que quieren concretar la literatura á asuntos forzosamente del país en que se escribe, olvidan la sentencia del antiguo: «Soy hombre, y nada de lo que pertenece á la humanidad me es ajeno.»